

“REFLEXIONANDO SOBRE
IGLESIA, POLITICA Y SOCIALISMO,
A LOS 5 AÑOS DE LA MUERTE DE
DON MANUEL LARRAIN”

Carta del Obispo de Talca,
Mons. Carlos González C.,
a sus sacerdotes.



TALCA, 1971

P R E S E N T A C I O N

El 22 de junio de 1971 se cumplieron cinco años de la trágica muerte de don Manuel Larrain E., obispo de Talca.

Día de emocionado recuerdo, de acontecimientos y detalles contados una y mil veces; día en que se renueva la perplejidad frente a la vida y a la muerte.

Los años transcurridos han servido para aquilatar mejor la figura de ese Pastor y de ese amigo, que llevó el nombre de Chile al mundo entero, que fue un apasionado apóstol de Jesucristo y que ocupó un lugar destacado en la historia de nuestro país y de nuestra Iglesia.

Otro Pastor ocupa el lugar de Monseñor Larrain en Talca. Un hombre que conoció y fue amigo de don Manuel; que participa de sus mismas inquietudes y que puede considerarse su discípulo.

Nuevos problemas preocupan a los chilenos y a los cristianos. La Iglesia de Cristo quiere estar presente, como lo estuvo a través de don Manuel Larrain.

Es por esta razón, que don Carlos González C., el nuevo obispo de Talca, ha dado a la publicidad un Documento importante sobre la situación de la Iglesia y del país, al cumplirse un aniversario más de la muerte de Monseñor Larrain.

En este documento, el obispo habla sobre la crisis de la Iglesia y sobre la actitud de los cristianos frente al socialismo. Ambos son temas de pro-

funda actualidad. El autor adopta frente a ellos, una actitud clara, valiente y comprometida con el Evangelio de Jesucristo.

Esta carta, dirigida a los sacerdotes de la Diócesis de Talca, circuló privadamente.

La Fundación "Manuel Larráin E.", que es una institución creada para continuar el espíritu y la obra de ese gran chileno, ha estimado conveniente dar mayor publicidad a este documento.

Esta es la razón de esta publicación.

Fundación "Manuel Larráin E."

Talca, Julio de 1971.

TALCA, Junio 22 de 1971.

Queridos hermanos en el sacerdocio:

Al cumplirse 5 años del trágico fallecimiento de Mons. Manuel Larraín les escribo estas líneas pensando en él para interpretar lo que nos diría hoy.

Deseo escribirles sobre dos temas de enorme resonancia en nuestro tiempo:

A. *La crisis de la Iglesia*

Prefiero no ahondar, esta vez, en los diagnósticos de esta crisis, por haberlo hecho antes, en la Carta Pastoral "Construyendo en la esperanza" y en el comentario sobre la vida sacerdotal, "Sacerdotes para un tiempo nuevo". Quiero detenerme solamente en algunos aspectos que nos ayuden a crecer y construir.

a. *Existe una realidad dolorosa*: Nuestra Iglesia atraviesa una situación conflictiva y difícil.

A veces la explicamos, afirmando que es la consecuencia lógica de la crisis global de nuestra civilización y del hombre contemporáneo. También decimos que la situación de la Iglesia es delicada por el cambio de esquema mental del hombre moderno. Se habla del proceso de secularización, de la falta de participación real en los mecanismos de poder. Otros creen que todo radica en la crisis sacerdotal o en el celibato. Para muchos todo es resultado de una falta de fe en Dios y en los valores absolutos.

El hecho real, más allá de los diagnósticos posibles, es que atravesamos una situación difícil.

El conflicto se ha agudizado por el espíritu crítico implacable y por la falta de alegría y de esperanza en muchos cristianos y, es doloroso confesar-

lo, también en algunos sacerdotes. Puede ser una expresión del hombre de nuestro atormentado siglo.

Les confieso personalmente que sufro cuando veo a un sacerdote dejar su ministerio sacerdotal. Después logro entender las razones personales que lo llevaron a esta decisión y me quedo más en paz. Lo que más me afecta es la crítica despiadada a la Iglesia, la separación entre la Iglesia e Institución, la falta de comprensión para ver los pasos reales de renovación que se van produciendo en la vida eclesial.

No puedo quejarme de Uds., sacerdotes de la Diócesis de Talca. Veo grandes valores y no me parece que haya entrado entre nosotros el espíritu amargo y negativo. Es verdad que este fenómeno mundial también llega hasta nosotros de alguna manera, porque hoy día todo es universal.

La impaciencia se transforma en intolerancia; la crítica, que podría ser constructiva, se hace negativa y produce una parálisis general en amplios sectores eclesiales.

Es verdad que todo es providencial y que para quienes creemos en el Espíritu Santo hay una esperanza y todo acontecimiento tiene un sentido.

Pienso en el pensamiento de un escritor moderno: "El sufrimiento y el fracaso son la intervención de Dios para que el hombre no se instale en una condición que no es la bienaventuranza, su vocación. En la historia de Israel y ahora en la historia de la Iglesia, los enemigos y los adversarios tienen una función providencial. Cada vez que la Iglesia deja perder o descuida una parte de la verdad de la cual es depositaria y que está encargada de hacer fructificar, se levanta un adversario en nombre de este fragmento de verdad que la Iglesia ha descuidado y ataca a la cristiandad en nombre de esa verdad parcial. Que se piense en la utilidad del Renacimiento... que se piense en Freud, que se piense en Marx...

Cada adversario ha sido necesario para una falla de la cristiandad. Si la cristiandad no evangeliza a los pobres, otros le enunciarán la justicia, pero, en contrapartida, atacarán a la cristiandad y la destrozarán como los egipcios atacaron a Israel cuando no fue fiel a Dios.

La Verdad no puede estar ausente de la tierra y cuando la verdad no es guardada y servida con fuerza por el Cuerpo que está encargado de ella, la Verdad emigra, suscita un hombre o un movimiento que se hace campeón de la parcela abandonada por la cristiandad”.

b. *¿Cómo reaccionar? ¿Qué pasos dar?*

En primer lugar, aparece urgente *revitalizar el amor a la Iglesia*. Fue la idea central y el gran amor de Mons. Larraín.

Con amor verdadero es posible ver las limitaciones, los errores de la Iglesia en una mirada positiva. Con un amor humilde, realista, se puede construir la Iglesia y superar los problemas.

Hay una realidad de fe: “La Iglesia es el Cuerpo de Cristo extendido y comunicado”, según recordaba Bossuet y sin esa mirada de fe nunca crecerá en nosotros el amor a la Iglesia.

La amargura, la crítica y la falta de esperanza sólo se superan en una mirada positiva de amor. Los rostros crispados, las actitudes negativas, únicamente encuentran cauces verdaderos en una mirada de comprensión y de buena voluntad.

El amor es capaz de superar los conflictos porque el amor es creador y constructivo. El amor real no oculta las fallas ni los conflictos; pero es una energía positiva que ayuda a crecer y a ver con realismo las situaciones. El verdadero amor es productivo y nos permite enfrentar con paz y alegría la vida.

Les ruego trabajar por amar más a la Iglesia. No separar la Institución y las estructuras del espíritu, construir en la esperanza. Es urgente mostrar a los cristianos la imagen de hombres que creemos de verdad que Cristo está hoy en la Iglesia actual.

Y en esta mirada de amor, con alegría en el corazón, con paz, habrá que insistir en el segundo caso: *construir el rostro renovado de la Iglesia.*

Es fundamental y temo que a veces se olvida: *La Iglesia se construye en Jesucristo y en el Evangelio.* Una Iglesia que no tiene al Señor como centro y base de su estructura no tiene razón de ser.

Un sacerdote o un cristiano sin Jesucristo en su corazón jamás podrá construir la Iglesia. Cristo es la piedra angular del edificio y sobre El y únicamente sobre El es posible construir la Iglesia.

Teniendo al Señor como base y sentido de la vida de nuestra Iglesia es posible avanzar, pensando en el rostro renovado de la Iglesia que tanto ha pedido el Concilio Vaticano II y Medellín.

Los Obispos Latinoamericanos pidieron "una Iglesia auténticamente pobre, misionera y pascual, desligada de todo poder temporal y audazmente comprometida en la liberación de todo el hombre y de todos los hombres" (5, 15).

Es la Iglesia que nace de la Pascua, o sea del Paso del Señor, que es la Pasión y Resurrección de Jesucristo; todo el valor de la actual evolución es recrear la imagen de Iglesia tal como la dibujó Jesucristo, su divino fundador.

La Iglesia debe ser siempre un fermento y un signo. Como signo será una comunidad visible que afirma su fuerza no en el poder, ni en el dinero o el número. No pone su esperanza en la influencia de sus instituciones, sino que en la fuerza que brota de

la fidelidad al Sermón de la Montaña (Mt. 5). Es valiosa para el mundo no por el poder o el número de cristianos sino porque es significativa de un estilo nuevo de vida.

Es la Iglesia que desea servir al hombre y a la humanidad y que va llegando a una relación nueva con el mundo. Más que un poder o dominación aspira a ser levadura en la masa, luz del mundo y fermento que se pierde entre los hombres en su deseo de iluminar y servir.

Es la Iglesia que no desea poder y quiere que sus hijos sean sólo una vitalidad, una fuerza que entregue la luz del Evangelio a toda la vida humana, ya sea en lo personal, familiar y social.

Es una fuerza colocada más en las personas que en las instituciones; la quiebra real de nuestras estructuras eclesiales va respondiendo a una nueva realidad suscitada, así lo creemos, por el Espíritu Santo.

La Iglesia tiene identidad al entrar en la vida concreta, en donde descubre la fuerza del Espíritu y el Rostro de Jesucristo y se va construyendo al interpretar la vida y los acontecimientos más que al dar buenos consejos desde afuera.

Es una Iglesia que se justifica al vivir para los demás, al servir iluminando lo que está en marcha, al dar espíritu y vida cristiana a las realidades concretas de la sociedad actual.

Esta profunda transformación de la Iglesia sólo se puede entender en una mirada limpia, con amor a esta Iglesia, que será siempre la prolongación de Cristo y con una mirada de amor y comprensión al hombre de hoy y al mundo en el cual vivimos.

Es, en esta actitud, donde será posible encontrar solución a la crisis que nos afecta a todos y en

esa mirada la pastoral tiene una orientación y una línea muy definida.

Seguramente hoy día don Manuel Larraín habría puesto toda su tremenda personalidad al servicio de esta renovación integral de la Iglesia de Cristo.

B. *Iglesia - Política - Socialismo*

Trato sobre este tema, aunque es evidente, que la política está supervalorada en Chile y estamos enfermos de politiquería. No hablo sobre el problema cristianismo y marxismo. Pablo VI ha dado orientaciones de una enorme visión en su última carta (cfr. N^o 32, 33 y 34).

Trato sólo sobre socialismo. Hay otros esquemas válidos y posibles. No pretendo decirlo todo. Son algunas orientaciones, seguramente incompletas, que no pretendo dar en forma absoluta.

La vida es un compromiso en sí misma. Cuando no existe compromiso es porque tal vez no hay vida. Es cierto que esto trae problemas y que más fácil es situarse en una esfera neutra. Pero la vida no es neutra. Cristo se encarnó en un tiempo y participó plenamente en la vida humana.

La Iglesia no puede vivir o predicar el Evangelio en su totalidad sin que pueda dejar de tomar posiciones comprometidas. El ejemplo de Cristo y de los profetas frente a los hechos concretos de injusticia, de opresión, es bastante elocuente. La Iglesia no puede ser ahistórica y vivir fuera del tiempo.

La Iglesia no tiene, en cuanto Iglesia, una misión o competencia propia en los terrenos políticos, económicos y sociales, pero declararse neutra es una ficción: aunque no lo pretenda, esto es entendido e

interpretado como apoyo y aceptación de lo establecido.

La Iglesia debe despertar y apoyar el derecho y el deber de todos los hombres por decidirse frente a soluciones concretas, aunque Ella misma nunca adoptará una posición política concreta en su totalidad. Habrá siempre un pluralismo sano en esta materia, lo que le permite estar moral y jurídicamente libre para velar por los valores cristianos fundamentales.

Un sacerdote puede comprometerse en una opción política igual que todo ciudadano inspirado en el Evangelio. Por sobre la opción política se le pide que sea siempre testigo de la unidad en la comunidad cristiana para que su misión sacerdotal no sea una verdad ambigua. No puede ser un sectario o fanático de la política, tanto más cuando una de las enfermedades nuestras de los chilenos, es mirar todo en una perspectiva política deformada, lo que lleva a absolutizar posiciones más allá de lo debido. El sacerdote es testigo de un sólo Absoluto, Dios y el Evangelio.

Un sacerdote no debe olvidar que el compromiso político inmediato le corresponde por prioridad a los laicos.

El laico cristiano “deberá elegir el esquema que se presenta como más evangélico, es decir, el más humanista y el más personalizador entre todos. Sin embargo, no puede confiarse en un sistema hasta el punto de olvidar que, a través de toda actividad—política, profesional, familiar, recreativa— el cristiano como tal debe ser creador de amistad, es decir, de aquel encuentro entre hermanos que libera, que ayuda a descubrir y a vivir nuestra dignidad de personas, esto es, de hijos de Dios”.

Aunque la Iglesia no tiene competencia política o económica o social tiene un valor propio y origi-

nal: Jesucristo y su Evangelio. Es la única opción total de los cristianos, ya que es cristiano el hombre o la mujer que ha optado por Jesucristo y por los valores que El impulsa o promueve. La Iglesia aspira a un mundo que descubra la presencia de Jesucristo en las estructuras, en las familias, y en el corazón de los hombres.

En esta perspectiva es posible afirmar:

1. "La fidelidad al Evangelio de Cristo exige hoy comprometerse en profundas y urgentes transformaciones sociales". Este texto de los Obispos de Chile, en la Conferencia de Temuco, repite una orientación ya muy antigua de nuestro Episcopado, donde la figura de don Manuel es iluminadora, y de muchos cristianos chilenos que han seguido este camino.

2. "Frente a situaciones tan diversas, es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución de valor universal. No es nuestra ambición ni tampoco nuestra misión" (Pablo VI en su última carta).

3. No pretendo dar una palabra única o exclusiva; pero creo posible afirmar que Chile va hacia una línea de izquierda socialista. Entiendo básicamente por socialismo, un sistema basado en la propiedad social de los medios de producción y en el que la mayoría organizada participe efectivamente en la conducción del proceso histórico. Como se ve, este sentido va más allá de las interpretaciones que algunos dan a la palabra socialismo.

Creo legítimo para un cristiano apoyar la construcción del socialismo en Chile y más aún, creo que ese aporte será valioso porque pondrá valores cristianos fundamentales: Cristo, la dignidad del hombre, la base familiar, la solidaridad, la participación, el deseo de igualdad. Pienso que un cristiano no

debe temer la palabra "socialismo". Es útil recordar lo difícil que fue la entrada en el lenguaje de la Iglesia de las palabras como democracia, participación, etc.

No quiere decir esta opción que la Iglesia, como tal, hace suyo el camino al socialismo. No es su competencia pronunciarse en pro o en contra de un sistema económico o social. Cristo no fue ni capitalista ni socialista. Los cristianos como personas o grupos deben hacer una opción concreta siempre que no se oponga a los valores cristianos. Cristo no estableció un manual de doctrinas económicas o políticas. Planteó un espíritu con el que enfrentar la vida. Y es obra de los cristianos traducir este espíritu en las distintas etapas y situaciones donde vive con doctrinas sociales y políticas que sin ser uniformes en su posición vayan en esa línea gruesa fundamental.

Mi palabra es de pastor, no de político. Sigo la línea de don Manuel al escribir su última carta pastoral, "Desarrollo: éxito o fracaso en América Latina": "Unos me dicen: "es un tema que no corresponde tratar a la Iglesia. Queda fuera de su competencia". Otros, por el contrario, me preguntan: "¿Y por qué la Iglesia no habla?, ¿su silencio es temblor o complicidad?" Con el escritor de la antigüedad cristiana confieso que "nada de lo que es humano lo considero extraño a mí". El tema del desarrollo toca al hombre, a su vida terrena y a su destino eterno. En él se juegan valores fundamentales: dignidad de la persona, familia, educación, etc. No puedo, en consecuencia, permanecer indiferente".

Ya en 1968 escribí a los cristianos de Talca, diciéndoles que la palabra socialismo no debe atemorizar a ningún cristiano. "Un socialismo, asumido por cristianos cuya finalidad sea construir una sociedad centrada en el hombre, en sus valores y en la plena vocación a perfeccionarse como hombre e

hijo de Dios, es una alternativa que muchos ven doctrinariamente posible”.

Don Manuel mismo escribía en 1944: “Yo cada vez siento más —que no me oigan algunos prudentes— que una posición de avanzada social es la única que nos corresponde como católicos y siento que el mundo marcha hacia allá. No le temo a ese avance siempre que los católicos sepamos colocarnos donde nos corresponde, no a defender privilegios o situaciones que nada tienen que ver con el espíritu cristiano, ni a solidarizarnos con todo el orden social existente. Me atrevería a proferir la frase mal sonante para muchos, que desearía un izquierdismo católico”.

Al mismo tiempo, es mi opinión personal que un socialismo estatista total, sin un margen de iniciativa particular, sería dañino para Chile.

Siempre es bueno recordar que “el hombre no es puro y es imposible históricamente que su vida no esté contaminada por el orgullo, por el deseo de venganza, por el sueño de afirmación de sí mismo. Nunca coincide del todo con una vocación”.

Termino con un pensamiento de M. Luther King, en la cárcel de Birmingham: “En el Calvario crucificaron a tres hombre y los tres fueron crucificados por el mismo crimen del extremismo. Dos eran extremistas de la inmoralidad y cayeron víctimas de su propio ambiente. Jesús era el extremista del amor, de la verdad, del bien y de ese modo se elevó sobre su medio ambiente. Es posible que tengamos una tremenda necesidad de extremistas positivos”.

Los saluda cordialmente,

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca